

Las fábulas y anécdotas de Leonardo da Vinci

(acompañadas de algunas versiones ultramodernas)

Oscar Altamirano

EXÓRDIUM

Las relaciones entre el Hombre y la Naturaleza han sido siempre difíciles. Pero hubo una época dorada en que no lo fueron tanto. En esa época vivió, pintó e inventó un gran ingenio florentino, mejor conocido por ser el autor de la Mona Lisa y La última cena que por haber escrito un puñado de fábulas (cuya fecha de caducidad es difícil establecer con exactitud). A través de un largo proceso evolutivo, lleno de cambios bruscos, la Mona Lisa y La última cena se adaptaron bien a la selección de color, el póster, el photoshop y el pewter. Pero no ocurrió lo mismo con sus fábulas, que se vieron abandonadas a su suerte. Sería inútil presentar a nuestro célebre y famoso ingenio, pero bastará recordar que era inquieto, no pocas veces colérico, y que se afanaba en adquirir, tanto como le era posible, “el verdadero conocimiento de todas las figuras que tienen las obras de la Naturaleza”. El empeño no era de poca monta pues, en verdad, ése era el modo de conocer al “autor de tantas cosas admirables” y ése era “el modo de amar a tal creador”. Se dice que, en aquellos tiempos dorados, merodeaban por la tierra los espíritus antropomórficos y las quimeras

geocentristas. Eran los tiempos en que las aves “despreciaban” el suelo, el agua, las alturas, y las palomillas morían calcinadas en el fuego de una vela por “aborrecer” la luz del sol, de la que huían. Pronto, algunos filósofos de la Naturaleza comenzaron a sospechar de semejante amor. Notaron que ése era el modo de acabar amándose a sí mismo y no al Creador. Uno de ellos (Francis Bacon), proponiéndose defender el verdadero espíritu moderno, sostenía que la fiebre por la antigüedad era perjudicial para las ciencias físicas. Los modernos –decíamos– sabemos mucho más que los antiguos y somos más sabios. Ellos eran ignorantes y nosotros no. Semejante concepción de la Naturaleza le parecía un error. Así que llegaron más filósofos. No sin razón, notaron que la Naturaleza hacía del Hombre un esclavo, y que conocer al creador requería de cierta ciencia; con lo cual harían falta los científicos. El autor ya no importaba mucho de todas formas, así que pensaron que el mejor modo de conocerlo era olvidándose de él casi por completo. Nosotros, los ultramodernos, nos empeñamos en mostrar que los modernos a su vez eran unos ignorantes, y lo logramos. Liberados del pasado y de la Naturaleza, sólo nos queda una cosa por hacer: acabar con ella. Las fábulas escritas por el gran ingenio florentino ciertamente revelan los rigores de nuestro saber. Sin duda ellos ignoraban cosas que nosotros ya sabemos, del mismo modo que ellos sabían algo que nosotros ignoramos. Algo en la Naturaleza sigue siendo profundamente irónico, y se burla de nosotros. A continuación, se presentan las fábulas, con sus respectivas ilustraciones, precedidas cada cual por su versión ultramoderna. O sea: un divertimento. (OA)

PEREZA. Al decirle a uno que se levantase de la cama porque el Sol ya estaba alto, él contestó: “si yo tuviera que hacer tan largo viaje y ocuparme de tantos asuntos como él, estaría ya levantado; pero, teniendo que hacer tan poco trayecto, todavía no me quiero levantar”. –Cód. Forster II, fol. 31 recto– Dibujo del Museo de Chastsworth.

LA PEREZA. Al decirle a uno que se levantase de la cama porque el Sol ya estaba muy alto, él contestó: “si fuese él quien girase en torno mío privándome de hacer tan largo viaje y resolver tantos asuntos, estaría ya levantado; pero teniendo que hacer tan largo trayecto todavía no me quiero levantar”.





LA LOCURA. Como el buey salvaje tiene odio hacia el color rojo, los cazadores envuelven de rojo el tronco de un árbol, y el buey se precipita hacia él, clavándose en el árbol los cuernos; así los cazadores lo matan. –Ms. H, fol. 8 recto– Colección de R. de Windsor, 12364 recto.

LA LOCURA. Como el buey salvaje embiste provocado por el movimiento, y los cazadores odian el rojo, estos envuelven de rojo el tronco de un árbol sin saber que la bestia no distingue los colores, así, el buey se precipita sobre ellos cuando corren hacia el árbol, y los mata.

LA INTEMPERANCIA. El alicornio o unicornio, por su intemperancia y por no saberse dominar a causa de la afición que siente hacia las doncellas, olvida su ferocidad y salvajismo; descartando toda sospecha va hacia la jovencita sentada y se duerme en su regazo; de este modo los cazadores lo atrapan. –Ms. H, fol. 11 verso– Dibujo del British Museum, Londres.

LA INTEMPERANCIA. El alicornio o unicornio, por su intemperancia y por no saberse dominar, olvida la ferocidad o el salvajismo de las doncellas; descartando toda sospecha va hacia la jovencita sentada y se duerme en su regazo, de este modo, ella le habla a los cazadores y los atrapa.



EL MURCIÉLAGO. Este animal ve menos cuanto más intensa es la luz, como alguien que, cuanto más mira al Sol, más pierde la vista. –Ms. H, fol. 14 recto– Dibujo del Ms. B, fol. 89 verso.

EL MURCIÉLAGO. Este animal ve menos cuanto mejor es su radar, como alguien que, cuanto más usa el radar, más pierde la vista.

VERSIÓN DEL MURCIÉLAGO A LA MANERA DE LAMARCK Y SCHOPENHAUER. Este animal no

vuela de noche porque tenga un radar, tiene un radar porque quiere volar de noche.

VERSIÓN DEL MURCIÉLAGO A LA MANERA DE NIETZSCHE. Este animal ama la noche porque vive en su propia luz, como alguien que, al no vivir en su propia luz, odia la noche y extrae el calor de todo lo que brilla.

VERSIÓN NEODARWINISTA DEL MURCIÉLAGO. Si este animal va a perder la vista, y quiere vivir tranquilo, más le vale llegar a tiempo al reparto de radares, como alguien que, al llegar a tiempo al reparto de radares, podrá sentirse tranquilo si llega a perder la vista.

VERSIÓN CAPITALISTA DEL MURCIÉLAGO. Este animal tiene que comprar un radar cuando le apagan la luz, como alguien que, para vender muchos radares, tiene que apagar la luz.

LA NIEVE. Habiendo caído un poco de nieve encima de una roca colocada en la cúspide de una montaña, se puso a reflexionar y a decirse a sí misma: “No soy yo, pequeña cantidad de nieve, para que me juzguen altiva y soberbia, por haberme situado en un lugar tan elevado y soportar que tantas inmensas cantidades de nieve estén más abajo que yo. Ciertamente la poca cantidad que yo tengo no merece esta altura, porque bien puedo, en testimonio de mi modesta figura, conocer lo que el Sol hizo ayer a mis compañeras, las cuales en muy pocas horas se derritieron. Esto ocurrió porque ellas habían escogido un lugar más alto de lo que les convenía. Yo quiero huir de la cólera del Sol, y bajar a encontrar un lugar conveniente a mi pequeña cantidad”. Y se tiró abajo rodando desde las altas montañas pasando por encima de otra nieve, pero cuanto más bajaba más crecía su cantidad, de modo que terminó su recorrido encontrándose casi tan grande como el collado que la sostenía: y fue la última nieve que en aquel verano se derritió por efecto del Sol. Esto fue dicho para ver que los que se humillan, son ensalzados. –Cód. Atl., fol. 67 verso–b Windsor. 12495

LA NIEVE. Habiendo caído una gran cantidad de nieve en lo profundo de un valle, se puso a reflexionar y a decirse a sí misma: “No soy yo, enorme cantidad de nieve, para que me juzguen inferior, sombría y se me tenga en tan poca estima por encontrarme en lugar tan bajo y soportar que tantas cantidades inferior-

res estén más alto que yo y se les estime más. Ciertamente, la gran cantidad que yo tengo merece rebasar esa altura, porque bien puedo, en testimonio de mi desdichada altitud, conocer lo que el calor le hizo ayer a mis compañeras, las cuales en muy pocas horas se derritieron. Esto ocurrió porque ellas no escogieron el lugar que más les convenía. Yo quiero escapar de esa suerte, y remontarme allá arriba, a la cúspide de esa gran montaña”. Después de muchos inviernos, logró al fin acarrear su enorme cantidad hasta la cima tanto tiempo anhelada. Pero una vez allí se sintió aburrida y agotada.



Notó que su enorme cantidad crecía y crecía oprimiendo la roca que la sostenía. Esta fue la nieve que cayó aquel verano, hacia el profundo valle, para ser finalmente derretida por efecto del Sol. Esto fue dicho para ver que los que se humillan, son ensalzados.



LA PIEDRA Y EL ESLABÓN. La piedra al ser golpeada por el eslabón mucho se extrañó y dijo con voz ruda: “¿Qué presunción te lleva a fastidiarme de esta manera? No me atormentes. Tú me has tomado por compañera, a mí que no he molestado jamás a persona alguna”. El eslabón le respondió: “Si tienes paciencia verás el maravilloso fruto que saldrá de ti”. Con estas palabras la piedra se apaciguó y tomando con paciencia su martirio, vio nacer de ella el fuego maravilloso que, por su propia virtud, operaba una infinidad de cosas. Esto es dicho para los que se asustan al comienzo de sus estudios y que, después cuando se deciden a disciplinarse y a aplicarse en ellos con paciencia, ven como resultado cosas maravillosas. –Cód. Atl., fol. 257 recto–b– Dibujo del Cód. Atl., fol. 56 verso–b.

LA PIEDRA Y EL ESLABÓN. El eslabón, al ver que la piedra se quitaba cada vez que le asestaba un golpe, le dijo con voz sumamente ruda: “¿Qué presunción te lleva a quitarte de esa manera? No me obligues a perder la paciencia”. La piedra respondió: “Tú, que te la pasas mortificándome y prometiéndome chispas maravillosas, me has perjudicado enormemente, haciéndome perder el tiempo y reduciendo mi masa, de por sí pequeña. De ahora en adelante escaparé a tus golpes hasta que venga un eslabón, amigo de mis propósitos”. Esto es dicho para fomentar el desaliento de quienes se inician en los estudios equivocados y que, después de años y años, no ven ningún resultado.

LA BRÚJULA Y EL IMÁN (una variante de la piedra y el eslabón). Después de meses y meses en altamar, la brújula, al revisar el mapa, le asestó un fuerte golpe al imán, y le dijo: “Tu debilidad nos ha llevado por el rumbo equivocado. Ahora estamos en el mismo punto donde iniciamos la travesía. ¿No lo lamentas?”. El imán respondió con otro golpe y repuso: “No, porque de no ser por mí no hubieras circunnavegado tanto y te hubieras privado de conocer muchos lugares maravillosos”.



LA PIEDRA. Una piedra puesta al descubierto por las aguas, de hermosa grandeza, se elevaba por encima de un cierto lugar en el que había un delicioso bosquecillo, atravesado por un caminito pedregoso, en compañía de pequeñas hierbas y variadas flores. Viendo la gran cantidad de pie-

dras que había en el camino le vino el deseo de dejarse caer abajo diciéndose: “¿Qué hago aquí con estas hierbas? Quiero vivir en compañía de mis hermanas que están allí”. Se dejó caer entre las deseadas compañías y puso término a su recorrido. Al cabo de cierto tiempo empezó a percibir las ruedas de los carros, las pisadas de los caballos que le causaban un tormento continuo. Algunos la removían, otros la desquebrajaban, a veces estaba recubierta de lodo. Inútilmente recordaba el lugar en el que había gozado de la paz. Así ocurre a los que de la vida solitaria y contemplativa quieren pasar a vivir a las ciudades, llenas de infinidad de males. –Cód. Atl., fol. 175 verso–a– Windsor, 12399.

LA PIEDRA (UNA VERSIÓN INEVITABLE). Una piedra de escandalosa figura, puesta al descubierto por las aguas, se elevaba por encima de un cierto lugar en el que había un delicioso bosquecillo, atravesado por un caminito pedregoso, en compañía de hierbas y flores. De pronto, le vino el deseo de dejarse caer abajo diciéndose: “¿Qué hago aquí, en compañía de estas hierbas? Quiero vivir en compañía de mis hermanas, que están allí”. Así que cerró los ojos y se aventó. Enorme sería su sorpresa cuando, al abrir los ojos, notó que había aterrizado exactamente en el mismo lugar donde había brincado. Volvió a cerrar los ojos y brinco; el resultado: el mismo. Una voluntad desconocida la mantenía allí, inamovible. Instantes después, empezó a escuchar el griterío de sus hermanas que, aplastadas por las ruedas de los autos y las pisadas de las multitudes, imploraban auxilio. Conmovida, la piedra invitó a todas sus compañeras a tomar refugio en su sagrado escondrijo. Al cabo de cierto tiempo, la piedra abandonó la vida contemplativa y comenzó a dar malos pasos. Amargamente recordaba el lugar donde había cosechado semejantes amistades. Así ocurre a los que de una vida disipada quieren pasar a vivir en el campo para escapar de los males de las ciudades.

EL RATÓN Y LA GATA. Estando el ratón sitiado en su pequeña casa por la comadreja, observaba a través de una pequeña hendidura el gran peligro en que se encontraba. Mientras tanto apareció la gata que se lanzó súbitamente sobre la comadreja y la devoró. Entonces el ratón, haciendo a

Júpiter el sacrificio de algunas de sus avellanas, sale de su escondrijo después de haber dado las gracias al dios protector. Creyendo poder alegrarse de su libertad la pierde en las garras de la gata que se lo come, privándolo de la vida. –Cód. Atl., fol. 67 verso–a–Windsor.

EL RATÓN Y LA GATA. Estando el ratón sitiado en su pequeña casa por la comadreja, llegó la gata y se la comió. Así, el ratón obtuvo su libertad y, en agradecimiento a la generosidad de la gata, le ofreció sus avellanas. Al día siguien-



te, la gata regresó por más avellanas y el ratón se las tuvo que dar. Después de mucho tiempo, el ratón, hartado de su generosidad, se enfadó con la gata y dejó de compartir con ella sus avellanas. Esa misma tarde aparecieron ante su puerta dos comadrejas.

EL GUERRERO. Un quídam vio una gran espada al lado de otro y le dijo: “¡Oh, pobre mío! Hace mucho tiempo que te veo atado a esta arma; ¿por qué no te deshaces de ella? No tendrías más las manos embarazadas”. A esto le respondió el otro: “Esta galantería no es tuya; es muy vieja”. El



primero respondió: “Sé que estás al corriente de muchas cosas en este mundo que creía que eran nuevas para ti, no importa que sea historia divulgada”. –Cód. Atl., fol. 13 recto– Dibujo de la pinacoteca Ambrosiana de Milán.

CASTRO O EL FIN DE LA GUERRA FRÍA (UNA VERSIÓN POLÍTICAMENTE INCORRECTA). Un quídam vio una gran espada al lado de otro y le dijo: “¡Oh, pobre mío! hace mucho tiempo que te veo atado a esta arma; ¿por qué no te deshaces de ella? No tendrías más las manos embarazadas”. A esto le respondió el otro: “¡Oh, pobre mío! ¿por qué no te deshaces tú primero de la tuya, tampoco tú tendrías las manos embarazadas?”. En esto, apareció un tercer quídam que los escuchaba atentamente, oculto detrás de su gran barba, y repuso: “Estas galanterías no son de ninguno de los dos, y sé que están al corriente de muchas cosas que pensaban que eran nuevas para mí, no importa que sea historia ya divulgada”.

ANÉCDOTA. Alguien dijo a un conocido: “Tu mirada refleja un extraño color”. El otro le contestó que esto le ocurría a menudo. “Pero, ¿no has buscado nunca un remedio, cuando te sucede esto?”. El otro contestó: “Cada vez que mis ojos ven tu extraño rostro a causa de la violencia que me procura tan grande disgusto, mis ojos palidecen y toman un extraño color”. –Cód. Atl., fol. 76, verso–a– Dibujo del Museo de Chatsworth.

ANÉCDOTA (UNA VERSIÓN DESAGRADABLE). Alguien sumamente discreto y educado le dijo a un conocido aún más discreto y educado que él: “Tu mirada refleja un extraño color”. El otro le contestó que esto le ocurría a menudo. “Pero... ¿no has buscado nunca un remedio cuando te sucede esto?”. El otro contestó: “Cada vez que ingiero el remedio, es tal la violencia y el disgusto que me provoca que mis ojos palidecen y toman un extraño color”.

REFLEXIÓN SOBRE EL FÓSIL MILENARIO DE UN PEZ (en la actualidad se trata del marxismo): “Era sostén y armadura de la montaña que reposa sobre él”. ☉

